

DISCURSO DE CONTESTACION AL DEL DE INGRESO  
DEL EXCMO SR. DR. D. RAFAEL MANZANO MARTOS

Por ANTONIO GONZÁLEZ-MENESES Y MELÉNDEZ

Hoy es día de alegría alta y profunda, de satisfacción completa para esta Academia que ve reunidos dos cumplimientos en el mismo hecho: el ingreso de Rafael Manzano en esta Casa y el pago de la deuda de gratitud que con él teníamos pendiente.

La alegría por el ingreso es un hecho universal entre nosotros. El agradecimiento y los motivos de éste tienen en mí un testigo de excepción. Y creo que por eso nuestro señor Director me eligió para llevar la voz de la Academia en este acto, en este día doblemente feliz.

Yo vi, yo vi día tras día el entusiasmo, la perfección, el amor con que Rafael transformaba la Pensión de Don Marcos en este Palacio renacentista que había de ser la sede de las Reales Academias de Sevilla, aunque luego la de Medicina —a la que tanto amo— obtuviera sede propia, juntas y separadas las tres hermanas venerables y jóvenes que aquí trabajan por Sevilla, las Ciencias y las Artes.

Yo vi el fuego con que Rafael planeaba, la minucia implacable con que corregía, el tesón con que impulsaba, la delicadeza con que perfilaba los más mínimos y al parecer superfluos pormenores. Lo vi dibujar en la pared apenas enfocada, con línea nerviosa y exacta la reforma de un arco. Medir con primor casi de monja bordadora la distribución de los ladrillos antiguos en la galería alta, para no citar sino dos ejemplos puestos: El plan y la realización de una obra bien hecha.

Pero yo sería muy cruel e injusto si omitiera unos nombres que, en mis recuerdos de aquellos ajetreados días en que se realizaba esta tarea, ocupan un puesto de excepción.

Debo citar en primer lugar a D. Francisco Tovar y Cabrera, el maravilloso Curro, encargado de la obra. Arquetipo de los alarifes, de los artesanos que han fabricado todo lo bueno de nuestra inmortal Sevilla. Eficaz, sufrido, inteligente, habilitado, enérgico y tierno. Entre los dos fuegos de Rafael y la Empresa, y también del graneado de mis continuas visitas. Nunca sabrá la Academia lo que le debe a Curro. Nunca podrá pagarlo.

Y no menos debemos a D. Ramón Mellado y Armendáriz, que personificaba a la Empresa, o D. Fernando Rodríguez Avila, el técnico que llevaba sobre sus hombros la gestión de material y personal, o a D. Alfonso García y Alvarez de Toledo que realizó la difícil conjunción de hacer que la electricidad alumbrase sin desentonar un palacio del XVI. Y a la Empresa Almendáriz, que nunca dijo no a las exigencias insaciables de un artista creador. Yo soy testigo continuo de estos esfuerzos, de estos sacrificios.

Y están los hermanos escayolistas que perfeccionaron las yeserías del patio, los techos admirables; los carpinteros que completaron y retocaron los artesonados maravillosos, que construyeron el noble portaje; los ceramistas —olleros se llamaron un día— que fabricaron los alizares, los ladrillos vidriados del techo del apeadero, los azulejos de las contrahuellas; los forjadores de lámparas, picaportes y goznes; los albañiles que pusieron arte y amor en cada pella de mortero, en cada golpecito de palustre —los andaluces decimos palaustre. ¿Por qué no?—. Y los pintores que abrillantaban lo viejo y patinaban lo nuevo, no para producir un *pastiche*, sino para armonizar los contrarios. Los artesanos todos que mano a mano, corazón a corazón renovaron este palacio de los Pinelos.

Entre el Arquitecto y los realizadores materiales estaba el admirable equipo técnico, el *team*, se hubiera dicho en mi juventud, cuando las palabras inglesas —como las francesas en la juventud de nuestros padres—, se conservaban así en su lengua y significado intraductible, sin contaminar nuestro per-

fecto español de andaluces. Eran D. Ramón Queiro, D. Francisco Javier Recio y Porras, D. Manuel Jalón y Pepín García Bueno, que elaboraron la cruda creación hasta hacerla proyecto perfectísimo. Y allí estaba D. Antonio Ortiz Díaz, eficiente como un brujo benigno, de los Ortices de Sevilla, como diría Ortiz de Zúñiga, pero de los Ortices de la Amargura. Este D. Antonio es aquel Antoñito, esbeltísimo adolescente a quien Joaquín llamaba cariñosamente «mi paje».

Párrafo aparte merecen el Director D. Faustino Gutiérrez-Alviz y nuestro académico número uno y Presidente de la de Bellas Artes, D. José Hernández Díaz, sobre quienes cargaba la tarea terrible de conseguir los créditos, los permisos, el dinero de la Administración, hasta llegar a ser ordenadores de pagos de la obra. Y nuestros actuales director y bibliotecario, Morales Padrón y García Díaz, que azuzaban al que era el alma de todo. Estos cuatro profesores hicieron posible la obra.

Estos son los realizadores. En el polo opuesto de la obra está Florentino Pérez-Embid nuestro fugaz compañero —se lo llevó la muerte—, nuestro benéfico protector, gestor de donación y préstamo, paciente receptor de mis impertinentes —o quizá mejor pertinentes— peticiones de un local decoroso para la Academia de Medicina (Quizás esté justificado que se diga ahora y públicamente que Florentino llegó a decir que, si no conseguía este local, tendría que matarme. Menos mal que lo consiguió. En este Palacio está la declaración del agradecimiento de las Academias que lo ocupan. Pocas veces habrá sido tan veraz la epigrafía. Y, puesto que se trata de alabar a un muerto, tan poco interesada.

Así que, volviendo al arquitecto Manzano, éste estaba emparedado entre Florentino y Curro Tovar y auxiliado por los dos. Y entre la Empresa y la Hacienda Pública. Y, por si fuera poco, estaba yo mirando, pidiendo, consiguiendo. Y aquí está este maravilloso Palacio para recibir a Rafael Manzano como Académico de Buenas Letras.

Debo presentar ahora al nuevo Académico en tres aspectos: su obra, su persona, su discurso; y dudo si narrar primero su vida y luego describir su trabajo o, al revés, empezar por su obra en marcha —como decía J. R. J.—. Porque Rafael

es tan en cuerpo y alma arquitecto que todo lo demás, hasta respirar o sonreír, es en él accesorio.

Y por eso creo que debo entremezclar los dos sentidos de su biografía, y, aunque parezca pedante atrevimiento, lo que yo entiendo por Arquitectura.

Pero permitidme una previa confesión. En los años de lenta gestación de esta respuesta, llevaba escritos cinco folios folios de pedante prosa sobre la Arquitectura. Y, ahora, al releerlos, he visto claramente que iba por el camino equivocado. Y pretendo sintetizar aquello que escribí, en unas pocas líneas de sencilla prosa. Veré si lo consigo.

La Arquitectura empieza cuando la simple y necesaria albañilería se hizo arte mayor. Con canon inflexible en el Dórico eterno. La estática, primera cara de la mecánica, fue su norma. El Gótico, copiado de la estructura del hueso —el fémur de los vertebrados— se llevó el arte a ciencia y se apoyó en la dinámica. En el Renacimiento, el canon intuitivo se hizo matemática excelsa. No puedo resistirme a hacer aquí un extracto de algo de lo que entonces escribí del Aureo Número: las seiscientas dieciocho milésimas que definen el perfecto segmento de la unidad, lo que en inglés se llama divina sección, y es la medida de la anchura inmejorable del vano de la ventana o de la puerta ideal tiene misteriosos secretos. Y sólo diré uno.

La diagonal de esa ventana a la que se asoma un papa o una bella tiene la longitud del lado del pentágono regular inscrito en la circunferencia de radio igual a la altura de la jamba del hueco. ¿Lo habéis oído? El entágono. Y eso es no sólo el mítico edificio donde Marte dormita mientras prepara la futura batalla y «donde suena de Palas fiero el ruginoso carro». O la estrella de cinco puntas que distingue las alas o los tanques, sino también el pentáculo, el cuarto palo de los arcanos menores del Tarot que representa el perfecto contento, felicidad, inteligencia viva, el oro, el éxtasis. ¿Veis cuánta palabra puede salir del áureo número? Dejémoslos sin más. Y digamos por fin que el arquitecto, harto de peso, fuerzas, cánones y medidas, se echó a volar. Rompió frontones, retorció columnas, invirtió las pirámides y abrió en gajos las bóvedas

y enloqueció en barroco. La cinética, la tercera ciencia de la mecánica, señorea la piedra y «huella el cielo».

Esto desarrollaba yo hace años en mil palabras (más de mil) y a esto último estábais amenazados. Felizmente, desperté de mi sueño.

A esta ciencia, a este arte, a esta belleza vive entregado Rafael Manzano. Nació en Cádiz el 6 de noviembre de 1936. Se crió en Jerez. Lleva en Sevilla enseñando desde 1966; extiende su actividad restauradora a Córdoba —¡Ay, Medinat Al-Zahra!— Ya Jaén. Este eje Bético, que corre con el río, espina vertebral de Andalucía la Baja, lo informa y lo cobija.

Yo no puedo callar aquí un misterioso nexo que nos une. Ni Rafael lo sabe. Y es que hace más de ciento cuarenta años, mi bisabuela materna-materna, mamá Ana, salió para casarse de la casa de un D. Rafael Manzano. Mamá Ana era huérfana y el documento aclara que era comensal de los Manzano. Vivían en los pabellones militares. Aquel D. Rafael Manzano, gaditano de hace ya siglo y medio, ¿tenía parentesco con nuestro Rafael? Su piedad por la huérfana enternece al cabo de los tiempos. Y es bastante.

Este Rafael de hoy es un hombre excepcional. En esta España en la que la juventud padece oposiciones como podía padecer la lepra, Rafael ha ganado por este atroz sistema dos Cátedras en esta Escuela Superior de Arquitectura de Sevilla, en tres oposiciones, la de Historia del Arte en 1966 y la de Historia de la Arquitectura y Teoría y Técnica de la Restauración de Monumentos, en esta misma Escuela de la que ha sido Director. Y por fin, de nuevo, la de Historia del Arte. Por esto, porque Rafael Manzano es además de Arquitecto, historiador, es por lo que la Academia comprendió que tenía en ella un puesto clave, para ilustrarnos en esta difícil y bellísima materia. Es que Rafael no es sólo historiador de la Arquitectura, sino un expertísimo conocedor de los jardines antiguos y creador de formas actuales. Y ha profundizado desde sus tiempos de estudiante en la Historia de la cultura islámica, como colaborador de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, desde 1956 hasta 1963.

El se formó como arquitecto en Madrid con maestros como Gómez Moreno, Torres Balbás, Chueca Goitia e Iñiguez Almech. Terminó los estudios en 1961 y se doctoró en 1963. Muy pronto se enroló en lo que había de ser el cauce de su vida: El Servicio de defensa del Patrimonio Artístico Nacional y el de Ordenación de Ciudades de interés Artístico. Todo ello, como es su sino, por oposición. Y empezó a enseñar en su alma Escuela; como lo hizo en la Universidad Nacional de Méjico. O la de Santander.

Fue asesor de restauraciones en Textour, en Túnez, y cooperó con Chueca en el Proyecto de Ampliación, Restauración y Ordenación del Prado. Y está en los Patronatos de Itálica y la Alhambra. Y a la muerte de D. Félix Hernández, se hace cargo de la restauración y excavaciones de Medinat Al-Zahra, donde ha reconstruido el salón rico y su decoración pétreo, la Almuzara, la antigua Dar-al Chund, el Salón Occidental de Velázquez-Bosco y, en fin, la ordenación del recinto y los jardines de la gran ciudad palatina de los Califas cordobeses. Labor magnífica de Rafael Manzano, poco conocida en Sevilla.

Pero, eje actual de su vida, desde 1970, ganó la oposición a Director-conservador y Teniente de Alcaide de los Reales Alcázares de Sevilla, uno de los oficios más hermosos que se pueden ejercer en el mundo.

Debo yo ahora decir lo que ha hecho como constructor, como consiliador, como restaurador de monumentos. Y me encuentro —creedlo— ante un tremendo problema de exposición. Tengo una lista de más de cien títulos, nombres que en gran parte producen escalofríos al oírlos. Dudo si redactarlos monótonamente, sin acentuar ninguno. Nos expondríamos a que una serie de palabras: Santa Marina, Santa Lucía, Santa María Magdalena... provocara por reflejo condicionado el automatismo de una *ora pro nobis* hilarante. Pero ¿se puede omitir alguno de los monumentos restaurados, salvados de la destrucción, devueltos a su prístina belleza? Ni siquiera podría olvidar los de nueva construcción, como la inmediata sede de la Academia de Medicina. O de la de Farmacia de Madrid. De la nuestra, es unánime el elogio y la admiración del que la ve. Pero ¿no sucede lo mismo si lo que se visita es la Real Parro-

quia de Señora Santa Ana del arrabal de Triana? ¿O el Castillo de D. Pedro o la Puerta de Sevilla carmoníes? ¿O los maravillosos descubrimientos y consolidaciones de los Alcázares? Y lo digo en plural, no por manierismo, sino porque son las obras del Palacio del Yeso y la Sala de la Justicia, y del gótico alfonsí, del Alquasar al Mubarak de tristes y dulces recuerdos, del de Don Pedro, retraído a su escueta razón, si en su brillo se puede hablar de algo escueto; del imperial de Carlos, empapado en el amor conyugal de Isabel; del ilustrado del Asistente, del contemporáneo con sus vicisitudes. Y puesto que no se puede hablar de todos, he decidido dejar aquí de nombrar sitios y mandar imprimir como formando parte inexcusable del cuerpo de este discurso, la lista completa de estos trabajos.

Pero sería injusto si no hiciera constar que Rafael Manzano, además de la piedra, el ladrillo o el yeso, ha construido en carne viva vegetal jardines, ha reconstruido jardines, ha resucitado jardines. En esto podríamos creer que el alma de Joaquín Romero se ha reencarnado en el cuerpo de su sucesor en el Alcázar. Y Rafael ha escrito de jardines, de los del Crucero Gótico o los Almutamid. Como de otras muchas cosas: ordenación de ciudades, cimborrios, castillos... Pero es mejor que con sus publicaciones —como con el total de sus trabajos— hagamos que se impriman con el discurso para memoria perdurable.

Y así, bruscamente, dejo las citas y paso a decirnos que Rafael Manzano es Académico Correspondiente de las de Bellas Artes y de la de Historia de Madrid, de la de las Angustias de Granada; que posee la Medalla de Oro de las Bellas Artes Españolas, la Encomienda de Alfonso el Sabio, entre otras condecoraciones.

Y que está casado con una prima suya, como hicimos Joaquín Romero y yo. Y tiene una hija, entre niña y mujer, linda flor entreabierto, y un guapo y listo niño, y que yo adoro a esta familia de cuya salud estoy encargado. Sería irrespetuoso si no citara a su encantadora tía, doña María Luisa, que me distingue con su cariño y su graciosa deferencia.

Demasiado he abusado ya de vuestra paciencia y es hora

de acabar. Quiere sin embargo el protocolo que quien contesta diga algo sobre el discurso, sobre el tema del discurso del ya ingresado. Y yo confieso que ante esta pieza de tal perfección formal, ante la profundidad de los conocimientos, lo certero del juicio, la sutileza de las alusiones, nada puedo añadir. Es el discurso que acabamos de oír un conjunto perfectamente equilibrado y completo. Hemos visto pasar con solemne paso de historia a los visigodos, los árabes, los fronterizos almorávides, los ortodoxos almohades, los castellano-leoneses, los españoles. Y todos ellos, al llegar al Alcázar, se han deshecho en poesía. Nada puedo añadir a esta exactitud así perfectamente conformada. Por eso creo que, ya que no puedo callarme, que sería lo mejor para mí y para vosotros, diga sólo unas palabras —íntimas, personales— sobre el último de los poetas del Alcázar, el predecesor inmediato de Rafael: Joaquín Romero Murube.

Porque el propio Joaquín estuvo —y su familia— tan profundamente unido a nosotros, los Meneses, que él mismo en un inolvidable «Los Cielos que Perdimos» no quiso usar otra palabra que esa: «Meneses».

Y como él vertió sobre nosotros su ternura: sobre mi abuela enlutada, menuda, ciega; sobre el legendario D. José (lo recuerda José Guerrero Lovillo) y, al fin, de pasada pero no con menos cariño sobre los que heredamos su oficio, su dedicación a los niños y a Sevilla, yo ahora devolveré en torpes pero apasionadas palabras lo que Joaquín era para mí, para nosotros, los Meneses.

Haré pues una mínima biografía de Joaquín, con lo que no se escribe de ordinario de un poeta, para que quede perfilado su retrato.

Joaquín aprendió a andar y a correr con mi primo José Luis Meneses en los Jardines de San Telmo, donde iban con uno, con dos años, llevados por sus madres, a las que unía una honda amistad. Quizá de ese jardín proceda el amor insaciable de Joaquín por los jardines, por las flores.

Su otra pasión, la poesía, ya se manifestaba en su niñez. Adolescente apenas, en Villasís es nada menos que Redactor

Jefe de la Revista que, con el nombre del Colegio, salía dos veces al año. Era el de 1919.

El año 25, en Conil, Joaquín y yo comentábamos con pasión cada línea de la «Segunda Antología Poética» (lo escribo con la antojadiza ortografía de J. R. J.) Un año antes él había publicado «Prosarios». Era, pues, un escritor. Y yo, un adolescente.

Y desde entonces no perdimos el íntimo contacto casi subrepticio. No voy a decir nada de Joaquín como poeta. Ya lo habéis oído tan bien dicho por Rafael. Pero daré datos personales sobre cómo escribía, cómo reía, cómo cuidaba los jardines, sus amistades y poco más.

Escribía Joaquín su obra de corrido, de la primera a la última palabra; pero después de muchos días, semanas o meses de elaboración silenciosa. Cuando empezaba por fin a escribir lo hacía como si fuera su propia secretaria recibiendo el dictado nervioso del autor.

Reía Joaquín mucho más de lo que saben la mayoría de los que lo trataron. Y hacía reír. Hemos pasado mi mujer y yo, sentados a un lado y al otro de Joaquín en algún duro banco de azulejos, tardes enteras riéndonos los tres de todo lo habido y lo por haber. Digo riendo a carcajadas; no sonriendo, porque sonreír era la expresión habitual suya. Por cierto que lo hacía adelantando el labio superior, con el mohín que llamamos «puchero» en el llanto inicial de los niños pequeños.

Rezaba Joaquín sobre todo a su Soledad de San Lorenzo. Siempre la tenía presente. También en esto estaba unido a mi familia. A mi madre le sucedió el extraño caso de que siendo la hermana número dos, cuando esperaba llegar a primera, retrocedió dos puestos. Joaquín reía conmigo socarronamente.

Pero el más estrecho lazo entre él y yo son los jardines. Los del Alcázar, que él recreó con mimo y sabiduría exquisita. Yo he pasado tantas horas en ellos como en un hogar se pueden vivir. A veces, llegaba yo y lo encontraba charlando con uno de sus íntimos. Dejaba el tema a que estaba entregado y me cogía del brazo y salía disparado a enseñarme una semilla germinada el día antes, una flor nueva, una planta

cuyo nombre botánico quería saber a toda costa. Nos poníamos tan pesados que el amigo que estaba con él cuando yo había llegado, por ejemplo Antonio González y González-Nicolás o José Guerrero Lovillo, se iban silenciosamente, riéndose de nosotros con una sonrisa tierna, de padrino.

Y es que Joaquín mantenía sus amistades íntimas separadas, como con los mamparos se impide que el fuego o el agua invada todo el buque. Y a ningún amigo le molestaba que cerrase el mamparo para quedarse a solas con el otro. Su jardín en Los Palacios, la Huerta, que me describió día a día conforme lo creaba no llegué a visitarlo, por lo de los mamparos. Por cierto que manteníamos un secreto —«una guasa», diríamos en sevillano neto—: éramos miembros de una «Academia de la Primavera», inexistente y jocunda. Tengo alguna cuartilla de unos versos suyos —una prueba de artista, diría un grabador— dedicada: «A Antonio G.-Meneses, de la Academia de la Primavera. Su Presidente, Joaquín».

Y termino diciendo, puesto que estamos de Academias, que Joaquín tenía ya en esquema total su discurso para ser por fin numerario de Buenas Letras; que tenía prisa por acabarlo y leerlo, y que Carlos García, él y yo, temíamos que cuando estuviéremos en ella nos dieran tales ataques de risa inmotivada, como a colegiales en la capilla, que don José Bandarán nos pusiera de cara a la pared.

No pudo ser. Joaquín murió una madrugada, después de una cena en que su ingenio brilló con promesa de años de vigorosa vida. Se nos marchó a los cielos que perdimos y que él recuperó para siempre.

Pero nos ha dejado en su Alcázar a Rafael Manzano, y hoy, aquí entre nosotros, Rafael nos ha hablado de Joaquín con pasión. Esta pasión ponemos nosotros en recibirlo.

Sé bien venido. Ocupa tu puesto de trabajo y de convivio. Enhorabuena a ti, Rafael Manzano. Enhorabuena a la Academia. A Sevilla, por fin, enhorabuena.

## APENDICES

## I

*Ha restaurado y consolidado entre otros monumentos:*

Plazas y Catedral de Castelló de Ampurias (Gerona).  
Plaza de la Catedral de Tarragona.  
Fortaleza de la Catedral vieja de Lérida.  
Judería y fachada del Palacio Arzobispal de Tarazona.  
Castillo de Alcañiz (Teruel).  
Plazas, calles e iglesias de Santa María y San Francisco de Morrella (Castellón de la Plana).  
Castillo, iglesias y plazas de Alarcón (Cuenca).  
Iglesia de San Miguel de Cuenca.  
Iglesia y Plaza de Arcas (Cuenca).  
Real Academia de Farmacia (Madrid).  
Cabecera de la iglesia de San Francisco de Vivero (Lugo).  
Catedral de Mondoriedo (Lugo).  
Plazas y Claustro de la Catedral de Tuy (Pontevedra).  
Monasterio de Sobrado de los Monjes (La Coruña).  
Colegiata de Toro (Zamora).  
Diversas casas modestas en Toledo.  
Palacio de Medinasidonia en Córdoba.  
Plaza de Porras en el Albaicín de Granada.  
Alcazaba de Málaga.  
Murallas de Tarifa.  
Iglesia de San Dionisio y Ayuntamiento viejo de Jerez de la Frontera.  
Catedral de Sevilla.  
Iglesias de: Santa Marina, Omnium Sanctorum, San Marcos, Santa Catalina y San Julián de Sevilla.  
Palacio de las Dueñas, Casa del Rey Moro y otras, en Sevilla.  
Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla.  
Consolidación y Museo de Itálica.  
Colegiata de Osuna.  
Murallas e Iglesia de Santa María de Marchena.  
Catedral de Huelva.  
Murallas de Niebla.

Iglesias y Castillo de Aracena.  
Monasterio de La Rrábida.  
Iglesia de San Jorge de Palos.  
Monasterio de Santa Clara en Moguer.  
Academia de Medicina de Sevilla.  
Alcázar de Sevilla.  
Alcázar del Rey Don Pedro de Carmona.  
Colegiata de Olivares (Sevilla).  
Convento de las Capuchinas de Córdoba.  
Convento Madre de Dios de Sevilla.  
Convento del as Teresas de Ecija (Sevilla).  
Convento de las Teresas de Sevilla.  
Convento de Santa Isabel de Sevilla.  
Convento de San Clemente de Sevilla.  
Convento de Santa Clara de Sevilla.  
Convento de Santa Inés de Sevilla.  
Convento de Santa Paula de Sevilla.  
Casa de la Contratación de Sevilla.  
Capilla de Ntra. Sra. del Rosario de Sevilla.  
Casa de Murillo de Sevilla.  
Iglesia Ntra. Sra. de la Anunciación de Sevilla.  
Iglesia Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla.  
Iglesia San Juan de la Palma de Sevilla.  
Iglesia Santa Ana de Triana, Sevilla.  
Iglesia San Miguel de Morón (Sevilla).  
Iglesia Santa María Magdalena de Sevilla.  
Iglesia Ntra. Sra. de la Granada de Niebla (Huelva).  
Iglesia San Martín de Sevilla.  
Iglesia Santa Lucía de Sevilla.  
Mezquita del Coral de Sevilla.  
Monasterio San Isidoro del Campo de Santiponce (Sevilla).  
Mezquita de Cuatrohabitan de Bollullos de la Mitación.  
Palacio Arzobispal de Sevilla.  
Santuario Ntra. Sra. del Rocío de Almonte (Huelva).  
Torre de los Guzmanes de La Algaba (Sevilla).  
Capilla Maese Rodrigo de Sevilla.  
Cartuja Santa María de las Cuevas de Sevilla.  
Convento de la Paz de Sevilla.  
Iglesia Santa María la Blanca de Sevilla.  
Templo de Hércules de Sevilla.  
Torre del Oro de Sevilla.  
Alcazaba de Utrera (Sevilla).  
Castillo de Alcalá de Guadaira (Sevilla).  
Iglesia San Felipe de Carmona (Sevilla).  
Iglesia San Gil de Ecija (Sevilla).  
Iglesia San Miguel de Morón de la Frontera (Sevilla).

Iglesia San Pablo y Santo Domingo de Ecija (Sevilla).  
 Iglesia San Pedro de Carmona (Sevilla).  
 Iglesia Parroquial Ntra. Sra. de la Oliva de Salteras (Sevilla).  
 Iglesia Santiago de Ecija (Sevilla).  
 Iglesia Santa Bárbara de Ecija (Sevilla).  
 Iglesia Santa María de Carmona (Sevilla).  
 Iglesia Santa María de Ecija (Sevilla).  
 Puerta de Sevilla en Carmona (Sevilla).  
 Plaza Mayor de Carmona (Sevilla).  
 Plaza Mayor de Osuna (Sevilla).  
 Castillo de Almonaster (Huelva).  
 Castillo de Aroche (Huelva).  
 Ermita de Santa Eulalia de Almonaster (Huelva).  
 Ermita San Mamés de Aroche (Huelva).  
 Iglesia San Antón de Trigueros (Huelva).  
 Iglesia San Bartolomé de Villalba del Alcor (Huelva).  
 Plaza de Doña Elvira de Aracena (Huelva).  
 Iglesia Santa Marina de Valdezufre (Huelva).  
 Castillo de San Romualdo (Cádiz).  
 Alcazaba de Alcalá la Real (Jaén).  
 Baños Arabes de Ronda (Málaga).  
 Iglesia Parroquial Santiago de Lucena (Córdoba).

## II

## PUBLICACIONES

- El Baño Termal de Alhama de Granada.* «Al-Andalus», 1955.  
*La Ermita de Ntra. Sra. de la Ina en Jerez de la Frontera.* «Al-Andalus», 1957.  
*Iglesias andaluzas de arcos de herradura apuntados.* «Al-Andalus», 1959.  
*La cerámica Almohade de Asta —Regia—.* Ayuntamiento de Jerez, 1959.  
*La evolución urbana de Madrid vista a través de los «Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII», de Miguel Molina Campuzano.* «Revista de Estudios de la Vida Local», 1960.  
*Darabenaz. Una alquería Nazarí en la Vega de Granada.* «Al-Andalus», 1961.  
*De nuevo sobre Darabenaz.* «Al-Andalus», 1961.  
*El milenario del Castillo de Tarifa.* «Al-Andalus», 1961.  
*Sobre la evolución urbana de Palma de Mallorca.* «Al-Andalus», 1961.  
*Dos iglesias mozárabes desconocidas en la provincia de Santander.* «Al-Andalus», 1961.  
*La Capilla Real de Cholula y su mudejarismo.* México 1976.  
*El casco antiguo de Gerona. Sus problemas de conservación y ordena-*

- ción. Crítica al plan general de ordenación urbana de la ciudad.* «Revista de Estudios de la Vida Local», 1962.
- Estudio crítico del plan general de ordenación de Jerez de la Frontera.* «Revista de Estudios de la Vida Local», 1962.
- Historia del desarrollo urbano de Jerez de la Frontera.* Ayuntamiento de Jerez, 1964.
- El Castillo de Segura de la Sierra y la Frontera Sur del arte mudéjar toledano.* Dirección General de Arquitectura, 1965.
- Los cimborrios del tipo zamorano, salmantino y sus orígenes. La restauración de la Colegiata de Toro.* Dirección General de Arquitectura, 1969.
- Los grandes Siglos de la Arquitectura Sevillana. Lección inaugural de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Sevilla.* Universidad de Sevilla, 1969.
- Planos de ciudades americanas del Archivo de Indias.* Madrid, 1973.
- Los Jardines de Crucero en la Sevilla almohade.* Acta del Congreso de Jardinería Islámica de Granada, 1973.
- El palacio poético de Al-Mutamid en el Alcázar de Sevilla.* Reales Sitios, 1981.
- El Alcázar de Sevilla (Apud Museos de Sevilla).* Patrimonio Nacional, 1976.
- La arquitectura sevillana en el siglo XIII. Sevilla Almohade-Sevilla Cristiana.* Sevilla, 1979.